

Pensadores protestantes

Comunidad Cristiana Evangélica de Bilbao



Moltmann: el teólogo de la esperanza

¿Es posible hacer teología después de Auschwitz? Jürgen Moltmann es un teólogo protestante que asumió una ardua tarea llena de complicaciones: hacer teología después del holocausto nazi

Introducción

Para algunos autores, fenómenos como el holocausto reflejan el “sufrimiento inútil”, que trajo consigo el fin de las teorías tradicionales de la teodicea. La Segunda Guerra Mundial marcó un antes y un después en Occidente porque:

1. Cuestionó radicalmente la idea de progreso social, o de si éste debe considerarse positivo.
2. Evidenció el divorcio ya anticipado por Max Weber entre la razón sustantiva y la instrumental, provocando la crisis de la razón.
3. Para algunos autores, la crisis de la modernidad, iniciada en la Primera Guerra Mundial, se aceleró enormemente dando lugar a la postmodernidad.

4. Dio auge al existencialismo.
5. Planteó el tema de la inevitabilidad e inexplicabilidad del sufrimiento humano.

Lawrence Langer (1991, 1996) afirmaba que encontrar sentido al sufrimiento del holocausto significaría “normalizar” algo que jamás podrá ser normalizado. Levinás se pregunta: ¿El final de la teodicea no revela el carácter injustificable del sufrimiento en el otro?

Datos biográficos

Teólogo protestante alemán, Moltmann nació en Hamburgo en 1926. Obligado a alistarse en el ejército a la edad de diecisiete años durante la Segunda Guerra Mundial, en 1943 sobrevivió a la operación Gomorra de la RAF británica que bombardeó duramente Hamburgo. Allí vio a uno de sus compañeros morir despedazado por una bomba. Aquella noche, por primera vez, Moltmann invocó a Dios por vez primera preguntándole: “¿Por qué sigo vivo y no morí con los otros?”. Fue capturado en Bélgica y permaneció prisionero de guerra en Inglaterra, donde hizo amistad con cristianos escoceses e ingleses. El mismo menciona su confrontación con la Biblia y, sobre todo, con el Jesús de la Biblia:

“¿Quién es Cristo para mí? No quiero esquivar esta pregunta refugiándome en consideraciones generales, sino comenzar con un recuerdo personal: en 1945 estaba preso en un miserable campo de prisioneros en Bélgica. El Reich alemán estaba destrozado, la cultura alemana había sido destruida por Auschwitz, mi ciudad natal de Hamburgo estaba en ruinas y en mis adentros no era muy distinto el panorama: me sentía abandonado por Dios y por la gente; las esperanzas de mi juventud habían muerto. No veía futuro alguno por delante. Estando yo en tal condición, un capellán del ejército norteamericano me puso una Biblia en la mano y la empecé a leer. Comencé con los salmos de lamento individual y colectivo del AT "enmudecí con silencio, me callé aún respecto de lo bueno; y se agravó mi dolor [...] forastero soy y advenedizo, como todos mis mayores" (Salmo 39). Luego me atrajo la historia de la Pasión. Cuando llegué al grito de Jesús al morir, me dije: Aquí está el que te entiende y está contigo cuando todos te abandonan. "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". Ese era también mi clamor a Dios. Empecé a comprender al Jesús sufriente, tentado, abandonado por Dios, pues me sentía entendido por él. Y comprendí: este Jesús es el hermano divino en nuestra necesidad. Trae esperanza a los cautivos y abandonados. Es quien nos libera de la culpa que nos oprime y roba todo futuro. En ese instante me atrapó la esperanza, aunque desde una perspectiva humana había poco que esperar. Me infundió el coraje para vivir en un momento en que acabar con todo quizá hubiera parecido lo más sensato. Esta temprana comunión con Jesús -nuestro hermano en el sufrimiento que nos libera de la culpa- nunca más me ha dejado. Para mí, el Jesús crucificado es el Cristo. En los conflictos públicos y privados de mi vida aprendí luego a percibir la presencia del Jesús terrenal. El que trae el reino de Dios a los pobres, el que cura a los enfermos, el que acoge a los menospreciados, es quien nos llama al seguimiento y nos cautiva para la vida con su esperanza y su entrega.”¹

“Cuando en 1948 recobré la libertad, no sabía a qué iglesia debería pertenecer, pero sabía que tenía que estudiar teología”. Estudió en Göttingen, influido por la teología de K. Barth. Más tarde fue pastor luterano en una pequeña iglesia de Bremen – Waserhorst, y comenta:

¹ MOLTSMANN, Jürgen. 1997. *Cristo para nosotros hoy*. Madrid: Editorial Trotta. Pag 10.

“Me di cuenta de que la interpretación del texto bíblico debe estar ligada a la experiencia comunitaria que los hombres y mujeres aprenden en sus familias, en el trabajo, en la vida cotidiana”. “La teología puramente académica y aislada me parece un desierto”.²

Pastor durante un tiempo, fue profesor en Wuppertal y Bonn. Desde 1967 es profesor de teología sistemática en Tubinga.

La esperanza, concepto central de su labor teológica

Moltmann comenzó a ser muy conocido con su obra *Teología de la esperanza* (1967), una de las obras que más han influido en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, no sólo en Occidente, sino también en el llamado Tercer Mundo. Siguiendo la tradición de J. Weiss y A. Schweitzer y bajo la influencia de Ernst Bloch, Moltmann muestra que la esperanza no es un colofón del cristianismo, sino su radical fundamento y su motivo operante en todo momento. No es sólo virtud, sino principio teológico. A partir de ahí reformula el *fides quarens intellectum* como *spes quarens intellectum*. Sitúa la escatología en el centro de la fe cristiana y la convierte en horizonte de toda teología. La fe posee la primacía, pero la esperanza tiene el primado, en cuanto impulsa la fe hacia adelante. La corriente de la esperanza penetra en la entraña misma del credo cristiano y da consistencia a la praxis histórica de liberación.

La perspectiva ético-política liberadora de la esperanza la ha desarrollado posteriormente en obras como *Teología política*. La *Teología de la esperanza* guarda relación con su otra obra, *El Dios crucificado*, donde ofrece una visión del cristianismo desde la cruz de Cristo. Interpreta la muerte de Jesús, abandonado por su Padre, como el acto de amorosa solidaridad de parte de Dios con todos los impíos y abandonados por Dios. Como acto de identificación amorosa de Dios con todos los que sufren, eleva el problema del sufrimiento a la historia misma de la Trina Deidad en la esperanza del triunfo final sobre todo sufrimiento.

En *La Iglesia en el poder del Espíritu* interpreta la Iglesia como una comunidad abierta y carismática de discípulos de Jesús, comprometidos en compañerismo con los pobres y los oprimidos. En *Trinidad y reino de Dios*, frente a interpretaciones humanistas o monoteístas de la Trina Deidad, Moltmann desarrolla una hermenéutica realmente trinitaria de la historia bíblica:

"Si el hombre siente la infinita pasión del amor de Dios que en él se expresa, llega a entender el misterio del Dios trino. Dios padece con nosotros, Dios padece por nosotros, Dios padece en nosotros: esta experiencia revela al Dios trino. Esta experiencia es trinitaria y debe entenderse trinitariamente. Por eso, el problema de la teología fundamental sobre el acceso a la doctrina trinitaria conduce hoy día a la cuestión de la capacidad o incapacidad de Dios para sufrir."³

La relevancia de la esperanza como motor para la acción

La esperanza no debe legitimar la injusticia afirmando una solución futura. La esperanza cristiana apela al aquí y ahora. Como dice Käsemann, las grandes preguntas para la fe son dos en nuestro mundo:

1. Si Dios es Dios,
2. y cuándo llegará a serlo completamente.

² Revista JESUS, nº 9, septiembre de 2003

³ Moltmann, J. 1987. *Trinidad y reino de Dios*. Salamanca: Sigueme, 2ª ed

Estas preguntas sólo pueden responderse con la venida del Reino. Señala el futuro de la historia de Dios, en el que Dios alcanza sus plenos derechos y su gloria se refleja en todo. Pero esto no es un acontecimiento netamente situado en el futuro. Es también presente, y la Iglesia debe por tanto anticiparlo.

La única forma que tiene la Iglesia para responder cuando se le hacen esas preguntas es anticipando el Reino. La esperanza en la segunda venida, en la consumación de todas las cosas, en la consumación del Reino de Dios, no puede llevarnos a la parálisis y a la “deslegitimación moral de la realidad pero a su asunción fáctica” sino a una estrategia de liberación del hombre completo que no puede conformarse ni limitarse a salvar una parte o un ámbito humano. Como diría un refrán castizo, la Iglesia necesita “predicar y dar trigo”.

Otros énfasis teológicos

Palabras clave de la teología de Moltmann son: **Sufrimiento, Reino, Liberación de la opresión (de oprimidos y de opresores), Esperanza, Resurrección y Escatología**. A través de ellos presenta una respuesta desde la teología a los tremendos problemas humanos actuales. En vez de hablar del “sexo de los ángeles” se atreve con problemas muy complejos, tratando de establecer una comunicación entre la filosofía, la sociología y la teología.

Muy resumidamente, lo que Moltmann viene a decir es que la respuesta de la Iglesia en este mundo es una respuesta múltiple:

1. Comunitaria.
2. Esperanzada.
3. Evangelizadora, no en el sentido clásico de comunicar una salvación futura legitimando un estado de cosas presente, sino de anticipar el futuro, de anticipar el Reino viviendo una vida en medio de una comunidad carismática y abierta, que a su vez tiene varios énfasis:
4. Denunciadora de la opresión.
5. Fomentadora de la liberación: el evangelio no nos angeliza, nos humaniza. No nos hace superhéroes con nuevos superpoderes, sino siervos de Cristo, aún más dependientes de Él.
6. Sustentada en la esperanza, la esperanza que proviene de la Resurrección de Cristo.

Esto se evidencia en un estilo de vida comprometido y desafiante para el entorno.

La dignidad humana

El ser humano tiene un valor previo que debe de ser respetado y que nos obliga a actuar de una forma coherente con él; la persona es un sacramento que no puede ser violado. La dignidad humana es inseparable de ser criatura de Dios.

Todo lo que atente contra la dignidad humana es opresivo y debe de ser denunciado. Los seres humanos deben objetivar esta dignidad en forma de derechos humanos, siendo éstos un criterio para juzgar a las sociedades.

Una evangelización centrada en la anticipación del Reino

“El mundo no es solamente una sucia y desvencijada sala de espera de una estación de mala muerte para el viaje de las almas al cielo, sino el escenario o el “plató” para una nueva creación de las cosas y el campo de batalla de la libertad.”⁴

“Jesús nos trae el futuro de Dios y nos invita al futuro de Dios. Ese es un punto de vista nuevo que exige una praxis. Hasta ahora conocíamos la evangelización únicamente como expansión del presente hacia el futuro (extrapolación), pero no como anticipación del mismo.”⁵

Si la iglesia no anticipa el Reino, lo que hace es legitimar el estado de cosas presente, bien mediante fórmulas conniventes con los poderosos o bien mediante la proyección del Reino a un futuro que no cambia el presente.

Denuncia del mercantilismo y la opresión del hombre en favor de unos pocos

“La concentración de los medios vitales y de producción en manos de unos pocos debe ser considerada como una distorsión y perversión de la imagen de Dios en el hombre.”

“Esta sociedad de producción es la justicia de las obras institucionalizada. Su impulso objetivo a identificarse mediante el rendimiento es exactamente el mismo que le impulsó a justificarse por las obras.”⁶

El ser humano es mucho más que los bienes que produzca o pueda tener y debe ser liberado de su alienación en los bienes.

Actitud vigilante ante el Estado y toda concentración de poder

“Cuando un soldado o policía tortura en nombre del Estado, lo destruye en vez de protegerlo.”⁷

Muy influido por la experiencia alemana, va a afirmar que es necesario tener una actitud vigilante ante el Estado y todas las concentraciones de poder, y que la Iglesia debe ser libre para denunciar, por lo que sospecha de los pactos globales con el Estado. Moltmann va a sospechar de las “iglesias estatales”.

Acerca del sufrimiento humano y la opresión

“¿Qué les supone a los pobres el evangelio? No les ofrece actos de caridad ni tampoco les trae riquezas. Les supone una nueva dignidad y un fuerte impulso. Los pobres ya no son los sufrientes objetos de la opresión y la humillación, sino sujetos con la dignidad propia de ser los primeros hijos de Dios. Jesús trae a los pobres la certeza de tener una dignidad indestructible a los ojos de Dios. Y con esa conciencia, los pobres, los esclavos y las prostitutas pueden levantarse de la postración y ayudarse a sí mismos. Desechan el sistema de valores de una sociedad que todos los días trata de persuadirles: ¡sois perdedores! ¡no habéis llevado nada a

⁴ Citado por GARTNER, B en *Diccionario Teológico del NT*. Ed Sígueme. Artículo Sufrimiento. Pag 245.

⁵ MOLTMANN, J: *Cristo para nosotros hoy*. Editorial Trotta. Pag 118.

⁶ MOLTMANN, J: *La dignidad humana*. Editorial Sígueme. Pag. 44

⁷ MOLTMANN, J: *Cristo para nosotros hoy*. Editorial Trotta. Pag 57.

cabos! ¡No servís para nada! Empiezan a vivir con la cabeza erguida y a caminar derechos. La interiorización del sistema de valores de la sociedad productiva siempre es el obstáculo más difícil para la auto-liberación de los pobres, pues engendra el desprecio a sí mismo. La fe supera este odio y endereza a los doblegados. "A vosotros os pertenece el reino de los cielos": no se trata de entretenerlos con vanas promesas para que se queden tranquilos aquí, sino de una autorización a que se levanten y traigan la paz a este mundo violento actuando como hijos de Dios. Jesús no conduce a los pobres al camino del ascenso social para que amontonen riquezas. Los trae al camino de una comunidad en el cual tiene validez la cultura del compartir, tal y como demuestra la multiplicación de los panes."⁸

"La historia de la Pasión es la historia del auto-despojamiento de Cristo, quien se adentra en nuestra miseria más profunda. Si este Cristo no es un hombre cualquiera entre muchos otros, sino el Mesías, el Liberador de Israel y el Salvador de la humanidad, entonces su historia expresa en primer lugar la solidaridad de Dios con las víctimas de la violencia y la tortura: la cruz de Cristo se erige entre las innumerables cruces que bordean el camino de los poderosos y violentos, desde Espartaco hasta los campos de concentración. Su sufrimiento no le quita dignidad al sufrimiento de los demás. Se eleva fraternalmente entre ellos como señal de que Dios participa en nuestro sufrimiento y carga nuestros dolores sobre sí. Entre los innumerables, anónimos torturados siempre se encuentra aquel "siervo sufriente de Dios". Son sus compañeros en el sufrimiento, pues él se ha hecho compañero en el sufrimiento de ellos. El Cristo torturado nos mira con los ojos de todos los seres humanos torturados."⁹

Conclusión

La obra de Moltmann tiene un gran prestigio en círculos académicos y teológicos, y su influencia ha sido notable en comunidades del Tercer Mundo, sobre todo en Latinoamérica, donde a veces se le ha vinculado a la teología de la liberación aunque hay diferencias evidentes entre ambos aportes. En las iglesias en Europa su influencia ha sido menor, quizá porque los creyentes europeos no se perciben a sí mismos como oprimidos ni como opresores, algo que desde la perspectiva de Moltmann es sumamente cuestionable.

Cómo vemos, Moltmann combate fuertemente la idea de las "dos esferas" o la de un evangelio para superar problemas individuales y legitimar las opresiones sociales. Va en contra de un evangelio que sirva de coartada, de opio, para la opresión de los seres humanos. Propone que el Reino de Dios, que es el Reino por el que Jesús vino y murió, es un Reino que debe anticiparse y no meramente proyectarse hacia el futuro. Por eso, la escatología en Moltmann no produce parálisis sino acción. Es todo lo opuesto a la conciencia dormida.

Terminamos con un texto apasionado y apasionante de J. Moltmann, el teólogo de la esperanza:

"Crear significa rebasar, en una esperanza que se adelanta, las barreras que han sido derribadas por la resurrección del crucificado. Si reflexionamos sobre esto, entonces esa fe no puede tener nada que ver con la huida del mundo, con la resignación y los subterfugios. En esta esperanza, el alma no se evade de este valle de lágrimas hacia un mundo imaginario de gentes bienaventuradas, ni tampoco se desliga de la tierra. Pues, para decirlo con palabras de Ludwig Feuerbach, la esperanza sustituye el más allá sobre nuestro sepulcro en el cielo por el más allá sobre nuestro sepulcro en la tierra, lo reemplaza por el futuro histórico, por el futuro de la humanidad [...]"

⁸ Ref. MOLTSMANN, J: Cristo para nosotros hoy. Editorial Trotta. Pag 20-21.

⁹ Idem. Pag 59.

La fe se introduce en esta contradicción, y con ello se convierte contra el mundo de la muerte. Por esto la fe, cuando se dilata hasta llegar a la esperanza, no aquieta sino que inquieta, no pacifica sino que impacienta. La fe no aplaca el cor inquietum, sino que ella misma es ese cor inquietum en el ser humano. El que espera en Cristo no puede conformarse ya con la realidad dada, sino que comienza a sufrir a causa de ella, a contradecirla. Paz con Dios significa discordia con el mundo, pues el aguijón del futuro prometido punza implacablemente en la carne a todo presente no cumplido.”¹⁰

Fernando Ramos

Comunidad Cristiana Evangélica de Bilbao

<http://www.iglesiasantutxu.org>

¹⁰ Moltmann, J. 1969. *Teología de la Esperanza*, Salamanca : Sígueme. pp. 26-27.